

COORDINADORA ANDALUZA DE ORGANIZACIONES FEMINISTAS

DICIEMBRE 1993 200 PTAS.



*Menos
Cobros*

El espíritu del morbo sobrevuela sobre las cabezas de las lesbianas. En realidad, sobrevuela sobre todo lo que, en relación con el sexo, se salga de la norma ortodoxa. Eso no es nada nuevo, se ha dado en todas las épocas, pero quizás ahora que la tolerancia (la tolerancia que no el respeto) se va abriendo paso dolorosamente en la conciencia de aquellos que nunca fueron conscientes del amor y la libertad, ahora, repito, el morbo se acentúan. Corremos el peligro de pasar del ocultamiento y la vergüenza a una curiosidad un interés picante casi dañino que rocen el mal gusto. ¿Cómo lo hacen las mujeres?. ¿Con la lengua?. ¿Con los dedos?. ¿Qué gusto encuentran en otro cuerpo que es idéntico al suyo?.

Además de la falta de imaginación que demuestran todos los que las hacen, y que no es más que el fruto de la ignorancia, cabe señalar la perpetua obsesión con el sexo como centro de todo, sexo que, por otra parte, forzosamente debe estar reinado por la presencia de un hombre. No hay cabida para los sentimientos, el amor ni todo lo que adorna la relación entre dos mujeres.

Se anula directamente todo lo que exista más allá del orgasmo.

¿Será que tienen algo que ocultar aquellos que agujijonean frecuentemente mis nervios con estas preguntas?. ¿Dudarán de algo esos hombres y mujeres que hablan con tanta seguridad de lo que desconocen?. Me

reservo el derecho a la duda. Es demasiado fácil palabrear sobre aquello de lo que se tienen ideas vagas y que es polémico.

Habría que desmitificar las uniones homosexuales, desligarlas de las miradas por el rabillo del ojo o de la sonrisa irónica de los demás, de los chistes malos y de la diferenciación. Pero se requiere un trabajo duro y un tiempo aún demasiado lejano.

No tengo mucha fe en la sociedad de esta época, que tanto gusta de acentuar las diferencias, de poner etiquetas y de clasificar lo inclasificable. Hace falta mucha

Damas de corazón

madurez para tener la mente abierta y llegar a la capacidad de aceptar las alternativas diferentes, nosotros humanos que estamos tan arraigados/as y aferrados/as a lo estable.

Quizás eso sea pedir peras al olmo.

Dudo profundamente que haya mucha diferencia en la relación entre dos mujeres y de una pareja heterosexual. Las dos unio-



nes tendrán sus momentos hermosos y desagradable no vendrán dados por el hecho de ser hombre o mujer, sino por el de ser persona. Se ama a personas a seres humanos que comparten todas las virtudes y los defectos, el egoísmo y el instinto de la propiedad, así como la capacidad de dar y de ofrecer por entero.

La vida de dos mujeres es como la de cualquier pareja que se ama, sin más misterios ni menos magia. Lo único que podría destacarse como una diferencia es, precisamente, el hecho de compartir, no sólo lo material, sino el conoci-

miento del ser que tenemos delante, cosa que no se dá entre un hombre y una mujer.

Yo soy una mujer y conozco los sentimientos de la mujer que comparte mi vida. Puedo adivinar sus gustos, sus miedos, sus histerias o su necesidad de ser escuchada. Sé cómo hacerle daño, cómo hacer que sepa que estoy enfadada, cómo agradarle y cómo hacerle la vida más llevadera.

Y claro, también está la cama, que adorna la unión con risas cantarinas. Una cama donde se hace el amor, donde se tocan todos los rincones de la piel y se comprueba el sentido de la suavidad. En la cama se habla, se canta y se guarda silencio mientras una cuenta un cuento; se mira y se cierran los ojos para escuchar música de jazz; se huele y se aprende el gusto que tiene la vida y se acurruca una entre sus piernas proctetoras.

En la cama se duerme y se sueña con viajes al infinito llenos de caminos de flores amarillas; se ríe a carcajadas, se sonríe mientras se siente y se llora desconsoladamente hasta que llega el consuelo pintado de ternura. Entre sábanas se siente frío y calor; se come, se vuelve a comer y se fuma relajadamente.

Allí se puede hablar con tranquilidad haciendo proyectos maravillosos, o se puede desear el tacto, respirar cada momento, dar y pedir todo lo que se desee como a una lámpara maravillosa.

La cama es el lugar del conocimiento final, de los enfados, y de las reconciliaciones, del dolor y la cura de zumos de naranja, de manzanas, de zanahorias y con mantas eléctricas. En ella se juega a juegos viejos o se inventan otros nuevos, siempre divertidos.

Allí son posibles las caricias despreocupadas o las batallas vertiginosas. La ausencia conduce al sueño y el despertar conduce al amor y todos los caminos acaban en el abrazo y en el beso sin tregua que es, en definitiva, el cobijo mágico donde he aprendido a ser mujer.

Pilar Fernández Casildo